

## DE NUESTRA COLABORACIÓN PARTICULAR

LA HUMEDAD EN BARCELONA  
Y SU INFLUENCIA EN LA SALUD

## ¿Hay medios para disminuirla?

Sin duda alguna que son los problemas que se refieren a la salud pública los que deben tratarse con especial predilección, y cuando se repite un día y otro lo insalubre que es nuestra ciudad, bien debe sernos permitido estudiar los motivos que de un modo evidente deben influir en que no gocemos de aquel bienestar que tanto deseáramos. La humedad, que en tan alto grado domina en nuestras calles y nuestras viviendas, influye sin duda alguna de un modo directo e indirecto en ciertas enfermedades que perturban al organismo, y por más que vemos difícil e imposible desterrarla de entre nosotros, quizás podamos, dando la voz de alerta, llamar la atención de personas más competentes para que ahondando el asunto encuentren medios abonados para disminuirla a lo menos. La Junta especial de Sanidad, que tantas muestras está dando de estudiar cuanto al mejoramiento de de la capital cabe en lo tocante a higiene, verá si son atendibles las razones que exponemos, y sino lo fueran, ya sabe su digno presidente el ilustrado y activo doctor Batllés, que no puede guiar mi pluma otro móvil que el de coadyuvar al deseo común de que nuestra Barcelona mejore en todos sentidos, moral y materialmente.

Que la humedad domina en gran manera en Barcelona es sabido de todos. No hay que apelar a los higrómetros, no hay más que pasear por ciertas calles y a ciertas horas, para que nos moleste aquella al respirar, y para ver el vapor condensado sobre los adoquines como si los hubieran regado.

Sus resultados sobre el organismo humano son del todo evidentes. El reumatismo agudo en muchas personas, dolores reumáticos y manifestaciones propias de esta enfermedad en casi todos; los catarros de toda especie y en particular bronquiales haciéndose inveterados, y las infecciones de una u otra clase se producen en gran escala, gracias al vehículo apropiado que en el vapor acuoso encuentran. Recuérdese sino en qué época dominan las tifoideas en gran escala y se verá que coinciden con las lluvias de septiembre y octubre; téngase presente que la «grippe» que fué ligera en los días anteriores a Navidad, se convirtió en cúmulo de gástricas y pulmonías cuando después llegaron los lluviosos de últimos de diciembre y primeros de enero; y la difteria misma no ha sido en días húmedos cuando menos se ha propagado. Si alguna duda quedara acerca de la influencia de la humedad en la propagación de los gérmenes infectivos, recordáramos que el *mildew* ha respetado ó devastado nuestros viñedos según haya el tiempo sido respectivamente seco ó húmedo.

Es, pues, de necesidad preocuparse del asunto y ver si hay medios para evitar ó disminuir una causa tan funesta para nuestra salud. Desde el momento se ocurre que el mejor medio para desterrar la humedad es estudiar las causas que la sostienen.

La influencia del mar por un lado y quizás la proximidad y respetable altura de la cordillera del Tibidabo por otro, señálanse por algunos como causas fijas y absolutas. Respecto a la primera debe hacerse constar que no son precisamente las costas marítimas los sitios de más humedad, y si atendemos a un hecho que nos parece haber notado nosotros y nos han dicho también personas de más edad, ó

sea que la humedad no era tanta años atrás en Barcelona, debéramos dirigir nuestras miradas en otro sentido.

Quizás sea más que el mar en sí, el puerto. Antiguamente era éste más pequeño y las murallas podrían servir quizás de valla, ligera sí, pero al fin valla. Al par que desaparecieron estas el mar ganó nuevo terreno y hétenos que se ha condenado a la Condesa catalana a un baño de pies constante y perenne, con la agravante de no permitirsele a lo menos el cambio del vehículo, para que si aquellos llegan a fuerza de estar metidos en agua a macerarse, fuesen a lo menos las emanaciones suaves vapor que refrescaba sus mejillas, en vez de nubes de efluvios que infestan sus carnes por tantos motivos ya marchitadas. ¿Será en balde pedir remedios que aminoren los males de Barcelona, recordar que al fin es la Señora y que ya que al baño forzoso se la condena por aumentar su riqueza, podría destinarse parte de los ahorros á procurar por su salud, que es la primera de las riquezas? Quizás sea este trabajo perdido. El puerto hecho está, el agua fija y permanente en su recipiente y no hay que exponer la necesidad de un desahogo, de una espita que desde la Playa de Pescadores fuese a la Mar vieja.

Dejemos ya el mar, no tratemos del nivel de la ciudad y del elevado del Tibidabo, pues cuanto hablásemos de ellos sería machacar en hierro frío. Fijémonos en las condiciones de la ciudad, para ver si alguna hay digna de recibir severo análisis; y recordando que la sequedad está en razón directa del aire que puede circular, preguntemos: ¿puede el aire, pueden los rayos del sol introducirse en nuestras calles para purificarlas y pueden además las habitaciones cambiar el aire viciado por el puro que circula en el exterior? No hablémos de las edificaciones en general, y especialmente de las calles comprendidas entre las de Moncada y Plateria, de la de Basea con sus antiguos y fieles vasallos, sus afluentes, no recordemos las comprendidas entre la Riera de San Juan y la de Tantarantana, no, dejémoslas, no aumentemos la pesadumbre de sus habitantes; solo si hagamos votos porque esta tan cacareada reforma se lleve á la práctica, y porque las grandes arterias de la calle de Bilbao y la de Campo Sagrado avancen, no ya solo para satisfacer las exigencias del tráfico y del comercio, muy atendibles siempre, sino aun más para vivificar, para llevar aire, que es el primer alimento, el mejor medicamento y el más reluciente caudal de oro que puede recibir una generación que necesariamente debe crecer enclenque sino posee aires sanos con que nutrirse, ni medios con que tonificarse, ni caudales con que procurarse no comodidades sino tan solo aire y luz. Piqueta destructora, llega pronto, porque tu destrucción será regeneración.

Las grandes vías, hemos dicho, deben ser las arterias que nutran de aire, de sol nuestras calles y nuestras viviendas. Pero las grandes arterias se cierran á veces y entonces resultan inútiles para su destino; y es el caso que nuestra ciudad ha llegado á tener horror al vacío, debiendo entender por vacío los grandes espacios, la libertad en la circulación del aire. Una grande avenida tenemos, la Rambla; anchurosa vía por la cual enorme caudal de aire podría circular produciendo la purificación de la misma y de las notables calles que á ella abocan, pero la Rambla sufre aquella enfermedad que llamamos los médicos la trombosis y que hace que resulte inútil en este concepto; la Rambla está obstruida por los venerables plátanos y así si bien resulta muy hermosa, no sabemos si es tan útil para la salud. Esto nos obliga á decir

algunas palabras acerca del arbolado en general en lo referente á nuestro tema.

Creemos que se ha llegado á la exageración en las plantaciones de plátanos en Barcelona. Arbol que encuentra una vida especial y lozana en nuestra ciudad, ha invadido de tal manera las calles que en ellas no hay que admirar las líneas arquitectónicas y severas de nuestras edificaciones, las lejanas cumbres de los montes vecinos, ni siquiera el azul de nuestro hermoso cielo, no, aquí no se puede hacer más que contemplar plátanos, plátanos y más plátanos. Incidentalmente hablaré de la parte estética del asunto y solo haré constar como pura impresión que respecto de la visual me deleito mucho más ahora contemplando la calle de Pelayo con la Universidad que la corona y con la cúspide de San Pedro Martir, á lo lejos, lo mismo que la de Fontanelas que no cuando esas dos calles eran como otras tantas, dos hileras de árboles y al contemplar desde el Paseo de Gracia por ejemplo, la calle de la Diputación cuyo arbolado la cierra completamente, me parece encontrar tan edificado de la que ofrecería calle ya tan edificada á poder verla en su modo de ser real. Y sino, dígame si ofrecerían la Puerta del Angel y Plaza de Santa Ana, la antigua del Borne y la de la Universidad, el bello aspecto que ahora si hubiesen también sido tapadas por árboles y en particular si fuesen muchos y de grande altura? En este punto de vista creemos el arbolado y aun el plátano, embellece en vías como el Paseo de Gracia, la calle de Cortes, Paseo de San Juan, las Rondas si se quiere y aun la Rambla, pero no permitáramos los plátanos gigantesco que todo lo cierran y obstruyan, sino recordados de manera que quedasen bajos y separados lo más posible de las habitaciones, para que cumpliesen con el objeto de embellecer y aun procurar alguna sombra en verano sin los inconvenientes de cerrar las visuales del transeúnte y servir de cortinas permanentes y obligadas á las ventanas y balcones. Para las demás calles entendemos que ó deben quitarse ó sustituirse con otros árboles menos invasores.

Pero como de gustos no hay nada escrito, en el temor de no interpretar el de muchos en este peculiar asunto, pasemos á la influencia del arbolado en la ventilación, y por lo mismo en la humedad. Verdad es que la vegetación es indispensable para purificar la atmósfera, pero no parece que la gran reacción química que el arbolado debe verificar justifique bien que exista dentro los poblados con sacrificio de otras necesidades. En ellos creemos más útil que se procuran espacios, grandes espacios. Y sino veamos lo que pasa en Barcelona. Nos situamos en el patio del Hospital de Santa Cruz y apesar de estar rodeados de centenares de enfermos y de que las emanaciones moféticas deb-n ser muchas, respiramos aire puro; lo mismo pasa en el mismo cementerio antiguo, y no ahora, sino cuando las exhalmaciones eran en mayor número; pero hay más: entramos una tarde de día festivo por la Plaza de Cataluña en la Rambla, y de un modo palpable observamos un aire más viciado, y en particular más húmedo. Y, dígame, ¿á qué debe atribuirse este cambio, sensible no ya solo á los delicados aparatos de física sino aun á nuestra piel, á nuestros pulmones? No deberá ser al ligerísimo desnivel que pueden representar pocos metros de distancia, sino á que en la plaza hay un gran recipiente de aire, y la Rambla aun con la mayor anchura que tiene la de Canaletas, es un espacio más reducido en extensión y más todavía por el arbolado. Influirá también que la circulación de pasean-

tes absoluta y relativa es mucho mayor en ésta que en la plaza, pero de todos modos es sensible grado muy notable la diferencia entre los dos espacios en días en que como los festivos la aglomeración de gentes es mucha.

Por otra parte, el arbolado necesita de riego abundante, y un gran caudal de aguas que arrastrando por las cloacas servir a de salubre desinfección, debe filtrarse por los terrenos para volver luego en parte á la atmósfera aumentando la ordinaria humedad, ó filtrándose en otra cantidad por los terrenos y llevando á los pozos ó al subsuelo detritos orgánicos, gérmenes que constituyen debajo de la superficie una atmósfera de elementos de infección que esperan el día en que se remuevan las tierras para gozar de libertad, y atacar á mansalva á los ciudadanos del Ensanche que se creen seguros con los aires libres y que no lo están por estos depósitos semi-naturales, semi-artificiales de agentes morbosos. De todos es sabido que dominan en el Ensanche las tifoideas, que hay fiebres intermitentes más ó menos encubiertas, y que la mortalidad no es la menor ni mucho menos comparada con la de otros distritos.

No es solo la falta de aireación y la sobra de humedad que esta y el regado ocasionan; viene la caída de las hojas concomitando de ordinario con días tempestuosos y de lluvia y ó no pueden recoger las hojas los encargados de ello por impedirlo el tiempo, ó por falta de personal ó por descuido, y cuando no eso, al arreglarse el piso se tiran sendas carpetas de tierra y hojas mezcladas en punible confusión, y entonces no hay que decirlo, en anchas calles recientemente removidas se reúnen todos los elementos á saber: residuos de vegetales, excreciones de animales, agua y temperatura regular para que suceda lo que no debe suceder, que el Ensanche sea... un Castell de fols artificial con ribetes de la magnificencia correspondiente á una ciudad de primer orden.

Véase, pues, si lo anteriormente consignado, y otras razones que sería muy pertinentes si no resultara ya largo este artículo, merecen alguna consideración por parte de las autoridades ó personas que pueden hacer algo práctico en bien de la ciudad y en particular de su salud. Nos permitiremos concretar, dejando aparte sin consignar siquiera otras consideraciones, los medios factibles de disminuir la humedad, y sus consecuencias en las siguientes conclusiones:

1.ª Apertura dentro de casco antiguo de vías de gran anchura; rectificación de las calles, en el propio sentido; al irse renovando las casas no permitir en las edificaciones mayor altura que la admitida en las ordenanzas municipales; procurar plazuelas siempre que se pueda proceder á derribos que las permitan.

2.ª Dentro de las plazas y calles de la ciudad antigua no permitir plantaciones de árboles, ó si acaso en disposición tal, que procurando algo de sombra en verano, ni cierran las visuales y líneas arquitectónicas, ni mucho menos eviten la circulación libre del aire y la llegada de los rayos solares por todos sus ámbitos.

3.ª Que se respeten los actuales plátanos en las grandes vías del Ensanche, pero recortándolos y separando las ramas que se acercan á las viviendas, para que se conserve la belleza de aquellas vías sin quitar á los vecinos luz y sol, ni menos el soleamiento y aireación del piso.

4.ª Que en las restantes calles se quiten los plátanos y se dejen sin árboles, ó que sean éstos en todo caso de poco y bajo ramaje.

5.ª Que los canalones para el riego del

mañana. Gracias á nuestro médico, nuestro huésped se halla curado y se muestra impaciente por verte.

—Bien, bien, allá voy Sibyll, dijo el sabio dirigiendo una mirada cariñosa á su máquina suspirando por ver su trabajo interrumpido.

Y salió lentamente del laboratorio con Sibyll.

—Pero mi querido padre, no podéis venir así..... queréis presentaros en este estado ante una persona cuyo nacimiento iguala al vuestro! Oh! no! ya sabéis que vuestra Sibyll está orgullosa de su padre.

Y al hablar así se estrechó tiernamente contra él y sin que se apercibiese de ello, por que estaba absorto en sus ideas le condujo á la habitación inmediata que hacía las veces de dormitorio. El bienestar interior de los hombres de distinguido linaje, pero propietarios de un reducido patrimonio como el que Adam Warner habia vendido, era muy limitado. Los nobles y los comerciantes ricos daban muestras de un lujo extraordinario cuya pompa y esplendor dejan muy atrás las desplegadas en la actualidad por las personas de igual categoría. Pero los pequeños propietarios se imponían privaciones con las que no se conformaría un criado de nuestros días. Lo que hubieran podido gastar en lujo era generalmente consagrado al traje y á la mesa, que estaban obligados á tener abierta. Esto era lo esencial para sostener su rango. En cuanto á los muebles, las habitaciones estaban tristemente desprovistas de ellos. En mas de una casa principal cuyas dimensiones eran extraordinarias comparadas con las de nuestros días, las dependencias secundarias ocupaban mayor lugar que las habitaciones destinadas á los propietarios. Raras veces podían vanagloriarse de poseer más de tres camas, mencionadas en los testamentos como objetos de gran valor. El lector no se sorprenderá pues al saber que la casa de Warner no contenía más que una sola cama, propiamente dicha y ésta era la que ocupaba Neville. En cuanto al lecho del filósofo, consistía en un mal jergón echado en el suelo; para abrigarse no poseía más que un trozo de burda tela y una destrozada capa. La cama de su hija, colocada en una habitación superior, no valía gran cosa

más. Por todas partes las paredes aparecían desnudas; en toda la casa existía una sola silla colocada en la habitación de Marmaduke; algunos taburetes ó groseros escabeles de encina servían para sentarse en los otros aposentos. En cuanto á chimeneas, solo existía una en el cuarto de Neville y la de la fragua ya mencionada.

Sibyll condujo pues á su padre á aquel dormitorio, que más parecía un calabozo. Una vez allí, sacó con precaución de un antiquísimo cofre un traje de terciopelo que sir Armine, padre de Adam, habia legado á su hijo; verdad es que estaba muy ajado, pero un hombre de clase baja no hubiera podido llevarlo guardado como estaba de pieles, y adornado con un broche de oro. Sibyll presentó á su padre el aguamanil, y con la docilidad de un niño lavó la capa de humo que cubría sus manos y su cara. Era un espectáculo curioso y conmovedor: los papeles acompañados, la niña era la que velaba por su padre; le acompañaba, le protegía, no porque estuviese desprovisto de razón, si no al contrario porque tenia pensamientos demasiado elevados; no por que fuese incapaz de ocuparse de las necesidades de la vida, sino porque estaba por encima de ellas. Por esto cuando sus hermosos cabellos y su barba patriarcal hubieron sido cuidadosamente peinados, cuando su traje de terciopelo flotó en anchos pliegues alrededor de su talle elevado y magestuoso, Sibyll al acompañar á Warner al cuarto de Marmaduke hubiera podido mostrarse orgullosa de su padre. Experimentó este sentimiento de inocente vanidad peculiar á su sexo y su edad cuando observó el movimiento de sorpresa de Marmaduke al ver su aspecto y el respetuoso tono con que le saludó y le dió las gracias. Sus maneras cambiaron también con respecto á Sibyll; y fueron menos naturales, hasta quizás menos afables, pero mas atentas y mas reservadas; y cuando Madje vino á anunciar que la comida estaba servida, Neville la ofreció, ruborizándose quizás de su conducta hacia la pobre niña en la plaza de los juegos, su brazo izquierdo, no pudiendo hacer todavía uso del derecho para acompañarla al comedor.

Esta pieza, dividida en dos desde la entrada por un biombo,